

**SIXTO GARCIA**  
**REFLEXIÓN DEL EVANGELIO**  
**VIERNES EN LA OCTAVA DE PASCUA: JUAN 21:1-14**

**“El corazón tiene razones que la razón no entiende” – Blaise Pascal.**

**TEXTO**

Después de esto, se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Se manifestó de esta manera. Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: “Voy a pescar.” Le contestaron ellos: “También nosotros vamos contigo.” Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada.

Cuando ya amanecía, estaba Jesús en la orilla, pero los discípulos no sabían que era Jesús. Les preguntó Jesús: “Muchachos, ¿no tienen nada que comer?” Le contestaron: “No.” Él les dijo: “Echen la red a la derecha de la barca y encontrarán.” La echaron, pues y no conseguían arrastrarla por la gran cantidad de peces. El discípulo a quien Jesús amaba dijo entonces a Pedro: “Es el Señor.” Cuando Simón Pedro oyó “es el Señor.” Cuando Simón Pedro oyó “es el Señor,” se vistió – pues estaba desnudo – y se lanzó al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando los peces, pues sólo distaban de tierra unos doscientos codos.

Nada más saltar a tierra, vieron preparadas unas brasas y un pez sobre ellas, y pan. Jesús les dijo: “Traigan algunos de los peces que acaban de pescar. Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes, unos ciento cincuenta y tres. Y aun siendo tantos, no se rompió la red. Jesús les dijo: “Vengan y coman.” Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: “¿Quién eres tú?”, pues sabían que era el Señor. Vino entonces Jesús, tomó el pan y se los dio; y de igual modo el pez. Ésta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

**CONTEXTO**

1) El evangelio de hoy nos presenta otra peregrinación de fe: Hemos visto, en el evangelio del lunes, el recorrido de la fe de María Magdalena, de una mujer incrédula y llorosa al lado de la tumba vacía, a la primera evangelizadora que va a anunciar a los discípulos que ha visto al Señor.

2) Como materia de discusión entre los comentaristas y exégetas, se ha debatido la presencia de lo que hoy es el capítulo 21 en el evangelio – Muchos han propuesto que fue una adición posterior al texto que terminaba originalmente en el capítulo 20, pero en general, la evidencia textual indica que desde el comienzo fue reconocido como parte integral del Cuarto Evangelio (Francis Moloney).

3) El texto de hoy nos presenta una escena en sí mismo extraña – los discípulos, que han recibido la proclamación de María Magdalena (Juan 20: 18, y luego la aparición del Resucitado (Juan 20: 19-31), vuelven a sus faenas como si Jesús Resucitado no hubiera irrumpido en sus vidas - Se han propuesto diversas explicaciones: el envío misionero de los apóstoles como “pescadores de hombres,” confusión mental de los discípulos, etc. - En realidad, la escena sirve para poner en contexto el relato del encuentro final de Jesús con los suyos, que los lleva al reconocimiento decisivo del Señor.

4) El tema de la comunidad, congregada al pie de la cruz (Juan 19: 25-27) continúa con la mención de siete discípulos. Los “de Zebedeo” aparecen mencionados por primera vez (dejando aparte la identificación improbable de Juan, hijo de Zebedeo, con el Discípulo Amado) – Destaca aquí la mención de “otros dos de sus discípulos” – Evoca directamente los dos discípulos anónimos de Juan 1: 35, y ahora, en perfecta simetría, en las escenas finales del evangelio (21: 2) - y la reiterada decisión del evangelista de no darle nombre al Discípulo Amado.

5) Simón Pedro y el Discípulo Amado ya han aparecido juntos en la Última Cena (Juan 13: 23-24) y en la tumba vacía (Juan 20: 2-10) - Jesús está en la orilla del mar, pero los discípulos no lo reconocen – ante la noche fútil de pesca, Jesús les dice (reiterando la autoridad de Jesús, tema importante del Cuarto Evangelio) que echen la red del lago derecho – y se da el milagro de “la pesca milagrosa” – Ante esto, nos dice el evangelista, el “discípulo a quien Jesús amaba” lo reconoce – “Es el Señor” - El Kyrios, el mismo título que, partiendo de una fe ya plena, María Magdalena le había otorgado al proclamar su Resurrección: “He visto al Señor” (Juan 20: 18)!– Y Pedro acepta, cree la confesión del Discípulo Amado y se lanza al agua.

6) He aquí un contraste dramático: el lector del evangelio ya sabe que el Discípulo Amado ya ha estado, con Simón Pedro, en la tumba vacía, que este mismo discípulo entró, “vio y creyó” - pero al final, se nos dice, Simón Pedro y el Discípulo Amado regresan cada uno a su casa – Todavía está en gérmenes la fe – Pero aquí, ante la pesca milagrosa, el Discípulo Amado, el prototipo del creyente, aquel que había sido presencia indispensable, junto con la “madre de Jesús,” de la

fundación de la nueva familia de Jesús al pie de la Cruz, lo proclama, dándole su título definitivo: “Es el Señor” - La fe del Discípulo Amado ha llegado a su plenitud, y con él, progresa igualmente la fe de los otros.

7) Al llegar a tierra los discípulos con su pesca inusitada, ven brasas preparadas – La rehabilitación de Pedro está en progreso – Junto a unas brasas, donde se calentaban los siervos y los guardias en el patio de la casa del Sumo Sacerdote, Pedro había negado a Jesús (Juan 18: 18) - junto a otras brasas, a orillas del Mar de Galilea, Pedro, actuando ante la confesión del Discípulo Amado, comienza la reconciliación de Pedro con Jesús.

8) El significado simbólico del número de peces – 153 – ha fascinado a intérpretes y comentaristas desde los primeros siglos – por lo menos desde el “Comentario a Ezequiel” de San Jerónimo (347-420), quien cita al zoólogo y poeta Opianus de Cilicia, el cual afirma que el número de especies de peces era 153 (la cita es errónea, Opianus cuenta 157) y propone que el número abundante de peces connota el incremento del Evangelio, de la Iglesia, la universalidad de la comunidad cristiana - hasta San Agustín, que propone que “153” es el resultado de la suma de los números 1 hasta el 17 – y “17” era, para los matemáticos greco-romanos un “número triangular” – el número “10” significaba “multitud,” y el número “7” era el número de “totalidad,” “perfección” - y otras opiniones diversas - La solución más coherente parece ser la ofrecida por Raymond Brown, que sostiene que - no hay solución definitivamente clara e irrefutable – En definitiva, “153” puede ser sencillamente un número arbitrariamente usado – algo así como decir “¡Tengo diez mil problemas entre manos!” - O puede significar cualquiera de las otras soluciones propuestas.

9) Desde los primeros comentarios al evangelio de Juan en la Patrística, hasta los comentaristas contemporáneos, “la red que no se rompe” evoca la comunidad que va a ser encomendada a Pedro (Juan 21: 15-19) – y tiene ecos del texto de la “pesca milagrosa” en Lucas, donde las redes “amenazaban con romperse” (Lucas 5: 6).

10) La distribución de Jesús del pan y del pez a sus discípulos tiene claras intimaciones eucarísticas - Es el acto central de la comunidad de Juan (Juan 6: 1-5; 5: 58; 13: 21-38; 19: 35)

## **¿QUÉ NOS DICE TODO ESTO A NOSOTROS, HOY?**

“Ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen eficacia, sino la fe, que actúa por la caridad” – Gálatas 5: 6

1) Simón Pedro y el Discípulo Amado nos dan pistas para nuestra Lectio Divina de hoy: por un lado, el Discípulo Amado llega a la plenitud de su fe en Jesús: se ha inclinado sobre el pecho del Señor (Juan 13: 23), ha estado con la madre de Jesús en el momento decisivo, climático de la “hora” (Juan 19: 25-27), ha visto la tumba vacía (Juan 20: 2-10) - ¡y ahora, ante la manifestación de Jesús, hace su profesión de fe definitiva: “Es el Señor”!

2) Pedro, por el otro, quien, en este evangelio asume un papel secundario al del Discípulo Amado y a la madre de Jesús, se lanza al agua - ¡se compromete a seguir a Jesús ante la proclamación de fe del Discípulo Amado! – Pero, Pedro ha pecado, ha negado a Jesús – todavía queda por delante un proceso de reconciliación – y Jesús toma la iniciativa en acercarse – Junto a unas brasas, allí donde había ocurrido el rechazo de Jesús, donde el pecado de Pedro había acontecido, allí también va a iniciarse el proceso de reconciliación.

3) Pero en definitiva, volvemos al Discípulo Amado – Francis Moloney, en su muy recomendable y riguroso libro “Love in the Gospel of John,” nos recuerda que el amor ilimitado e impensable de Jesús por sus frágiles, infieles y pecadores discípulos redime y renueva sus fallos – El amor, por decirlo así, tiene ojos, puede discernir las identidades más recónditas del amado – el Discípulo Amado tiene un acceso privilegiado al corazón de Jesús - ¡Puede reconocer a Jesús, en la orilla del mar, allí donde los otros no pudieron!

4) Podemos, quizás, optar por seguir la pista del Discípulo Amado – para conocer a Jesús, en la fe de la Iglesia, en su liturgia, en sus Escrituras, se nos exige un acto de humildad, de bajar la cabeza, desterrar nuestras arrogancias, miedos e ignorancias, y suplicar al Espíritu Santo la infusión de ese amor apasionado, riesgoso y vulnerable, que nos permite reconocer a Jesús –

5) ¿Reconocerlo, dónde? En la cara de todos los sufrientes y afligidos, los despreciados, los humillados, los injustamente encarcelados, los lanzados violentamente a las márgenes – ¡Es en medio de ellos, que podemos ver ardiendo las “brasas” con peces y pan, y allí mismo a Jesús! Es sola y exclusivamente en las caras de los crucificados de la historia donde, con el discernimiento y la visión que solamente el amor apasionado nos da, movidos por la fe de la Iglesia, por sus Escrituras y oración, que podemos confesar, sin ambigüedad y sin miedo: “¡Es el Señor!”